

DE LA MANO DE LEE MARVIN

Después de una etapa de desorientación, o de dedicación a un cine puramente comercial, Robert Aldrich ha emprendido el rodaje de una nueva película, «The dirty dozen», que puede marcar su retorno a un cine importante, y concretamente una aproximación a su obra maestra, «Attack». Lee Marvin, Oscar 66, es el protagonista del film.



OSCAR 66

ROBERT ALDRICH

VUELVE AL

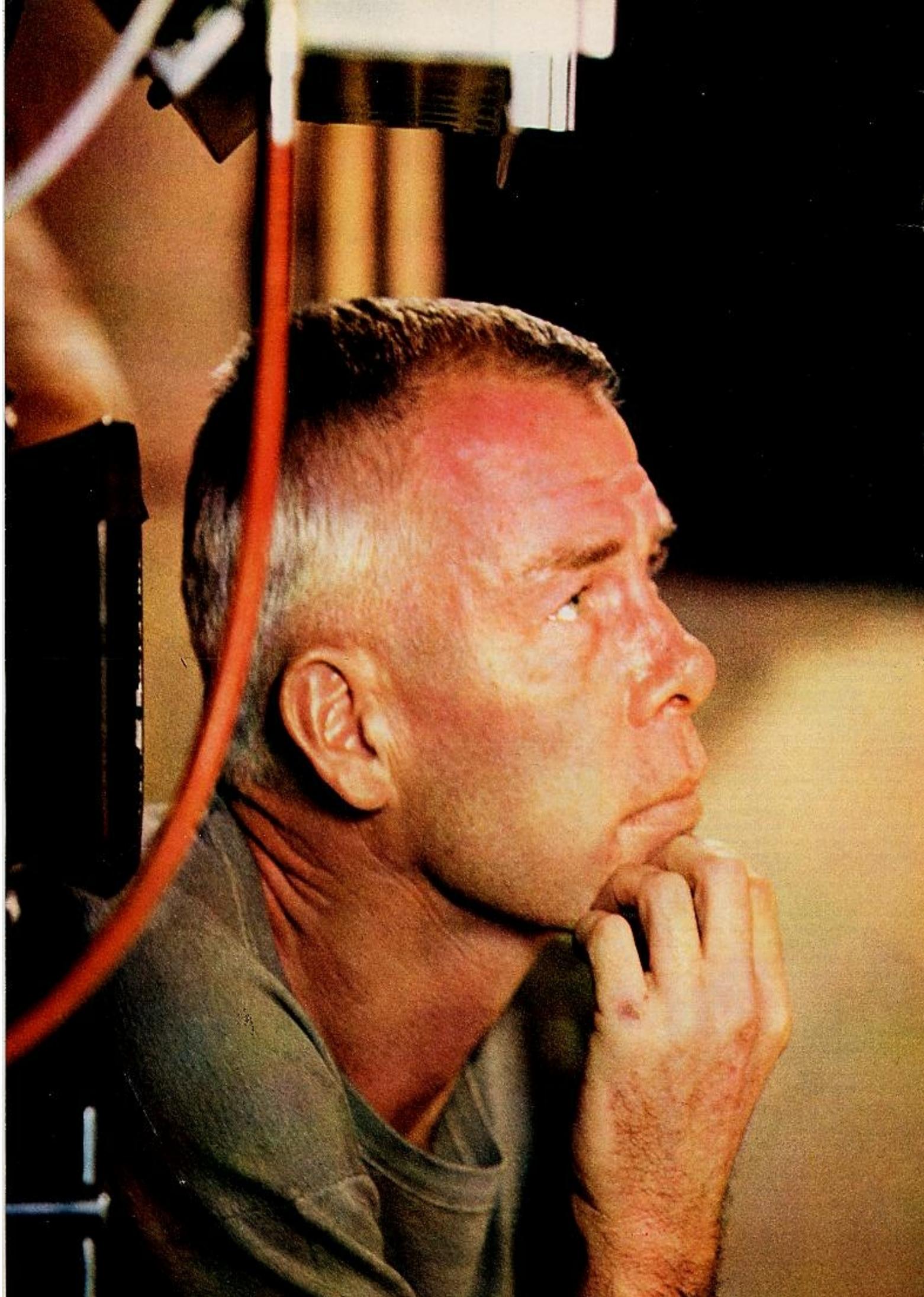
ATAQUE

¿QUE fue de Baby Jane?» y «Canción de cuna para un cadáver» han sido las dos últimas películas de Robert Aldrich estrenadas en España. A través de ellas no puede ni debe juzgarse la obra global del realizador, revelado hace una docena de años como una de las más prometedoras personalidades del cine americano. «Apache» y «Veracruz» fueron dos espléndidos films de aventuras en los que, junto a un sentido innato de la violencia, aparecía una concepción de determinada época de la historia americana, entonces insólita. La violencia hacía definitivamente explosión en «Kiss me deadly», adaptación de un relato de Mickey Spillane que ha quedado en la historia del cine como uno de los ejemplos imperecederos del cine negro, y que no ha sido nunca exhibido en España. «Attack» y «The big knife», también inéditas en nuestro país, fueron dos violentas requisitorias, una contra la guerra y la otra contra la organización industrial hollywoodense, contra la alienación a la que el monstruoso tinglado de los estudios somete al hombre. Ambas fueron premiadas en el Festival de Venecia. En «Attack» se mostraba la guerra a través de un prisma de múltiples aristas, y de la visión propuesta se deducía una concepción de la misma como prolongación exacerbada de los conflictos de clase que enfrentan a la Humanidad en la vida llamada civil. El film fue muy discutido, provocó enconadas polémicas. Se trataba, en cualquier caso, de una obra auténticamente importante, valiente, y con un sentido de la puesta en escena y de la dirección de actores fabulosos. Allí intervenía ya, en un papel importante pero no protagonista, Lee Marvin, con quien ahora Aldrich, después de un período de altibajos, realiza su último film. En estos diez años Marvin se ha convertido, gracias al Oscar que le fue concedido por su interpretación en «Cat Ballou», en una primera figura. Aldrich, por su parte, parece haber vuelto a encontrar su camino, después de experiencias tan nefastas como «Traición en Atenas» y «Sodoma y Gomorra».

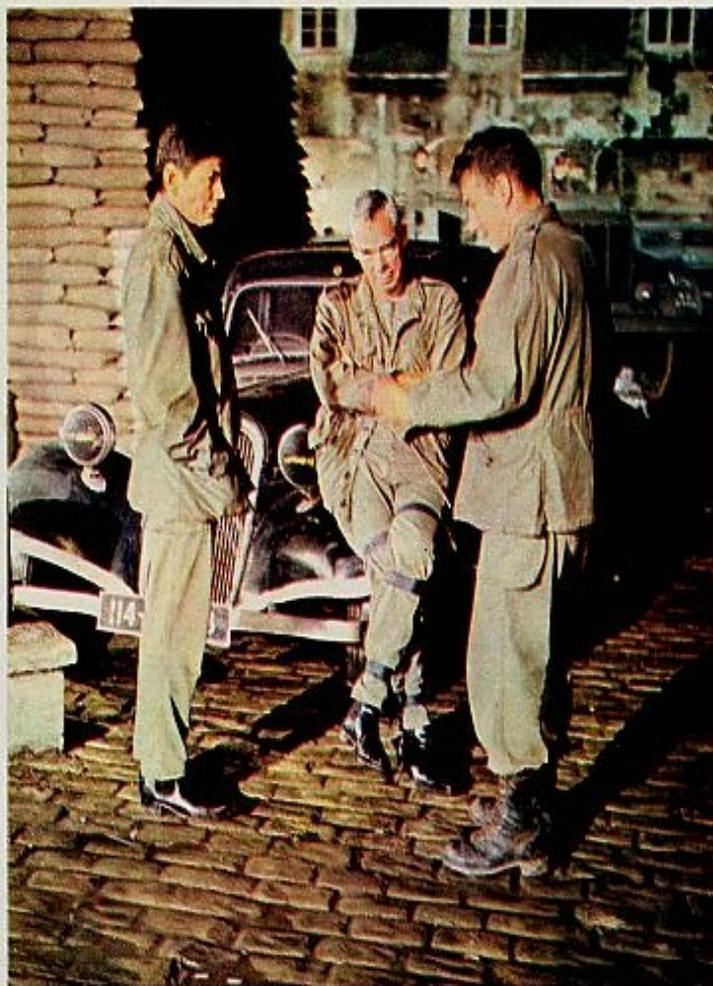
la profesión

No se trata de que Aldrich se arrepienta de ellas. Ante su obra, como ante la de cualquier hombre de cine americano, hay que plantearse el problema de la profesionalidad, del oficio. Con frecuencia, desde una mentalidad europea se mitifica el papel del «creador», olvidando los aplastantes condicionamientos económicos que rigen la industria del cine. Un director que avanza en su carrera se ve obligado irremisiblemente a hacer cada día películas más caras, más espectaculares, de rendimiento asegurado internacionalmente. Así, SIGUE





ROBERT ALDRICH



Junto a Lee Marvin actúan en «The dirty dozen», entre otros, Charles Bronson —a la izquierda— y John Cassavetes —a la derecha—, al que ya vimos junto a Marvin en «Código del hampa». Cassavetes es, además de un excelente actor, uno de los realizadores más destacados de la escuela de cine independiente de Nueva York.

Aldrich, cuando se le habla de «Sodoma y Gomorra», dice: «Hay dos maneras de ser el mejor director. Una de ellas es sentarse y esperar el buen presupuesto, la gran estrella, el guión perfecto. Pero nunca he creído que se pueda ser el mejor director no dirigiendo. En 1961 hice «Sodoma y Gomorra»; empezamos simplemente con el título, y año y medio más tarde teníamos una de las películas más increíblemente aparatosas que haya distribuido la Rank Films. No era la mejor película de la Historia, y fue criticada severamente. Pero sólo se trataba de entretener y de obtener beneficios, y esto es exactamente lo que se consiguió. Además, se aprende lo mismo —y quizá más— con las malas películas». No pretendo, pues, Aldrich engañar a nadie, si no es, quizá, a sí mismo. En todo caso, y después de sus experiencias como productor, parece haber sentido la necesidad de volver a hacer un cine más importante, un cine que además de entretener y producir beneficios, de contar con grandes presupuestos y grandes estrellas, tenga una vinculación intelectual con la problemática de nuestro tiempo.

el juego de la guerra

La guerra vuelve a servirle de tema en «The dirty dozen», un relato situado en las vísperas de la invasión a Normandía y que, basado en un hecho histórico convertido en leyenda, recuerda mucho —aunque sólo en sus elementos básicos— la base argumental de «Secreta invasión», de Roger Corman. Un capitán de las OSS, reputado por su dureza, su cinismo y su crueldad, es encargado por el general Worden de transformar a doce convictos en soldados, para que lleven a cabo una arriesgada misión contra los alemanes que el Ejército no se atreve a confiar a las tropas regulares. Todos piensan que los asesinos van a considerarse al Ejército como un enemigo más odiado que los alemanes. Durante los entrenamientos, el capitán

Reisman aprenderá a respetar a varios de sus convictos, entre los que hay de todo, desde un psicópata racista a un negro que mató a otro racista en un disturbio. Al final de la película, la mayoría de los miembros de la «sucia docena» morirán, no sin haber cumplido su misión, a pesar de que ésta ha sido sabotada por el racista en cuestión. El film puede parecer, a través de este brevísimo resumen, ambiguo. En efecto, puede caber la interpretación de que la guerra sería el camino de redención del grupo... Ahora bien; ni las implicaciones del argumento —excesivamente complicado para que quepa reproducirlo in extenso—, ni las declaraciones del director, ni su trayectoria personal parecen indicar que se vayan a resolver las cosas de este modo. En el fondo, no se trataría sino de un nuevo enfrentamiento —similar al de «Attack»— entre quienes tienen la guerra como profesión y quienes se ven obligados a hacerla contra su voluntad, en este caso una docena de delinquentes de la más diversa ralea.

el rodaje

«The dirty dozen» será, con todo, una película espectacular. Cinco meses y medio de rodaje, cinco millones y medio de dólares como presupuesto y una constelación de estrellas masculinas a la cabeza del reparto hacen pensar en ello. Rodada en decorados naturales en su mayor parte, se ha construido un gigantesco «set» que reproduce un pequeño pueblo normando, con su correspondiente «château». En este decorado transcurrían las escenas a cuyo rodaje pude asistir. Impresiona, evidentemente, ver trabajar en las condiciones en las que lo hace esta gente, especialmente cuando se compara con aquellas en las que lo hacen nuestros jóvenes cineastas. Un equipo numerosísimo y disciplinado, una rigurosa organi-

SIGUE



La violencia ha sido siempre tema predilecto de Aldrich, violencia que culminaba en el excepcional «Kiss me deadly». «The dirty dozen» no será una excepción a la regla. Arriba, Lee Marvin y Clint Walker, ante la mirada de Telly Savalas y Stuart Cooper. Abajo, Marvin rodeado de los componentes de «la sucia docena».

zación, un sometimiento total de los actores —estrellas o no— a la marcha general de la película se oponen a la improvisación que reina no sólo en los estudios españoles, sino en los europeos en general. Las grúas, tan escasas en nuestro país, se utilizan no sólo para la cámara, sino para los focos principales. La iluminación es general incluso para los primeros planos, de modo que no se produzca ese lamentable efecto de los rostros inundados de luz cuando el ambiente es mucho más matizado. Admira, en fin, pléñese lo que se piense de él en el terreno estético, el modo cómo el cine americano se fabrica. Aldrich, continuamente mascando chicle, se pasea incansablemente entre los actores, entre los técnicos, dando una orden, corrigiendo un gesto, modificando ligeramente una posición de la cámara. Los actores están en todo momento a disposición de quien les solicita, sin divismos, sin números. Un ejemplo que no sería malo que cundiera en la industria europea.

Los actores

El de los actores es, en efecto, un último capítulo a tener en cuenta. «The dirty dozen» lleva un reparto increíble, uno de esos repartos americanos compuestos por excepcionales segundones, de cuyas filas han salido sin ir más lejos, los propios Lee Marvin y Ernest Borgnine, galardonados con sendos Oscars, y que encabezan el reparto. Además de ellos, toca una pléyade de excelentes actores: unos que empezaban, otros que fueron primeras figuras y que hoy están arrinconados en los papeles de composición, otros que nunca han salido de ellos. Borgnine y Marvin ya han trabajado con Aldrich.





Un estupendo grupo de «segundos» acompaña a Marvin en el reparto del film. Arriba, a ambos lados de John Cassavetes, dos figuras populares en otros terrenos y hoy pasadas al cine: el cantante Trini López y el futbolista de color Jim Brown. Abajo, frente al protagonista, Ernest Borgnine, Oscar 1956 por su labor en «Marty».



John Cassavetes, uno de los nombres más importantes de la escuela de Nueva York, que ha realizado ya tres películas como director y que alterna su trabajo como tal con el de actor, lo había hecho ya junto a Lee Marvin en el excelente «Código del hampa», de Don Siegel, y, mientras espera su momento de actuar, resuelve con su secretaria uno de los múltiples problemas que le ocasiona su último film como realizador, «A baby is waiting», que el productor Stanley Kramer le ha arrancado de las manos y está sometiendo a un nuevo montaje. Robert Ryan, con veinticinco años de carrera a sus espaldas, es el coronel Breed, jefe de una escuela de paracaidistas. Jim Brown, que ya se había hecho un nombre como jugador de football, encarna a Robert Jefferson, uno de los condenados, el único de raza negra, mientras Trini López, otro famoso incorporado al cine desde el mundo de la canción, encarna a Jiménez, un mejicano, y parece decidido a consagrarse definitivamente a esta nueva actividad. Telly Savalas, Clint Walker, Charles Bronson, Ralph Meeker, Richard Jaeckel, Al Mancini y Stuart Cooper son otros de los intérpretes de este film sin mujeres. Todavía pasará un año, probablemente, antes de que llegue a las pantallas europeas y pueda emitirse un juicio sobre él. Pero sobre el papel parece tratarse de una obra de auténtico interés. De una obra que puede suponer la vuelta al ataque de un Aldrich últimamente dedicado a menesteres que, si bien evidenciaban siempre un talento innegable, estaban, sin duda, muy por debajo de su real categoría.

CESAR SANTOS FONTENLA